

ROBERTO VIVERO, *Grita*, Ápeiron Ediciones, Madrid, 2017, 93 pp. ISBN:978-84-17182-41-0.

Uno empieza a leer este libro antes de abrirlo, como quien empieza a pensar qué apertura usará, antes, incluso, de saber si jugará con blancas o con negras. Éste es pensamiento, es primera y tercera persona, es diálogo... pero sobretodo es tragedia: lo que parece no coincide con lo que es. Nuestro hombre fuma en la cubierta del crucero cuando una frase suena: “hay personas a las que nada más verlas tienes ganas de pegarles”. Esta frase le asquea y pretende girarse para hacer o decir quién sabe qué, pero no sabe siquiera por qué ha ido al crucero. Piensa en ello, lo analiza, no quiere actuar sin previa reflexión. “(...) es la mirada de Hamlet y del hombre dionisiaco al horror de la verdad la que lastra cualquier motivación última para actuar”.²⁹⁸

“Este hombre es, para nosotros, un problema.” Es escritor, escritor de teatro y nuestro problema. ¿Cómo hará para dejar de preguntar en su cabeza y empezar a vivir con la interrogación, a actuar? Primero oímos su pensar y sus ideas apuntan a la acción, pero se pierden en su monólogo. Se suicidaría, pero no tiene un método fiable. Se cuestiona su profesión, el ser y el no-ser. Busca soledad, pero tiene muchos yoes. En definitiva, este hombre no ha venido al crucero explícitamente a actuar, ha venido a pensar en un motivo para hacerlo.

Es hora de cenar y en la mesa entabla diálogo con otros dos hombres de los que también desconocemos los nombres. Hay algo que el nuestro quiere preguntar a los comensales, y uno de ellos lo intuye y lo reclama. Pero nuestro hombre no formula ninguna pregunta, o no lo entiende o lo hace demasiado, y el diálogo avanza. No es fácil reconocer quién es quién, y el diálogo se va haciendo confuso. Hablan del sufrimiento, de Nietzsche y Wittgenstein, de una relación que tuvo nuestro hombre hace veinte años con una menor, de cuando visitaron la tumba de Heidegger, de la carne que sostiene un escote en la pista de baile del Salón Dorado, donde han ido al terminar la cena, y de los jóvenes animalizados que la acechan. Parece que uno de los interlocutores es un libertino y quiere tentar a nuestro hombre a conseguir primero el escote. El alcohol y/o la confusión terminan mareando a nuestro hombre, que abandona el Salón Dorado, pero no recuerda dónde está su camarote y vaga por el barco. La ha recordado a *ella* y eso le ha descolocado. Luego, por fin, pasa a la acción.

Esto es una ingenua aproximación a la sinopsis del libro. Nuestro hombre es el problema. Solo pretende decir algo y que alguien lo entienda, pero no pretende entender nada, sino escribir sentado sin

²⁹⁸ FRIEDRICH NIETZSCHE, *El origen de la tragedia*, trad. de G. Cano, Gredos, Madrid, 2010, p. 59.

caminar los pensamientos. Las preguntas que se hace se difuminan como el humo, como si se olvidase de mantenerlas. Afirma peregrinamente “yo sé quién soy”, aunque realmente no lo sepa, del mismo modo que no sabe por qué le molesta la frase que alguien ha dicho antes en cubierta (recordamos: “hay personas a las que nada más verlas tienes ganas de pegarles”).

Sin embargo, odia. En el diálogo nuestro hombre ha dicho que no le gustan los mentirosos y que cree en el odio a primera vista. Los jóvenes animalizados de la pista de baile le provocaban ese odio y un intenso deseo de eliminarlos, lo mismo que la pareja que miraban el móvil al inicio: lo hermoso pide amor a primera vista, nos produce un deseo de mantener la duración de su *ser* (lo que paradójicamente lo llevará a tener que desaparecer en algún momento, según su reflexión); pero lo feo pide que lo hagas dejar de ser, que al odiarlo a primera vista termines con su existencia durativa y le des un eterno *no-ser* o que, en caso de no poder eliminarlo, lo deformes o lo disminuyas.

¿Qué tiene que ver esto con nosotros? Estamos ante un niño que no sabe cómo pasar a la acción. No es capaz de salvar el abismo y tampoco sabe qué preguntar a sus comensales, pues no confía del todo en ellos, como cuando desconfía de su pensamiento. Este hombre no está angustiado por la partida de ajedrez. Ni es un héroe ni es un genio, es un juguete, un ser debilitado. Imagina que pensamos como si fuéramos a ser escuchados. Intenta tímidamente buscar la razón de ser, la razón de hacer, pero solo el alcohol le recuerda la tumba de Heidegger con *ella*, lo lleva la habitación de los animales para actuar (“cerdo mentiroso”, “grita”).

Roberto Vivero nos expone a un hombre en un crucero cargado de diversas actividades, pero que solo está ahí y termina el crucero antes de tiempo. No tolera que sus comensales lo hagan vacilar. Es un dramaturgo que nunca ha tenido el valor de actuar en primera persona. No le ha preocupado lo suficiente el γνῶθι σεαυτόν²⁹⁹. Aunque tampoco me aventuraría a decir qué le preocupa realmente.

La apariencia no es la esencia y nuestro hombre o no lo entiende o lo comprende demasiado bien y por eso le asquea. El crucero lleva dentro el vicio, la *procrastinatio*, la carne, y una vaga preocupación por la esencia. No parece que él desee ir según su alma (incluso diría que su alma se fue cuando se fue *ella*), pero le asquea su no-saber-qué-hacer mientras el resto actúa sin reflexión y según la apariencia, algo feo ante lo que solo encuentra una respuesta válida.

Este libro no solo es entretenido e incita a tomar otras obras (musicales y filosóficas), sino que además abre un camino de reflexión inevitable hasta un límite insospechado. Otra vez me quedo con la sensación de no sacar todo lo que se podía, como me pasó al reseñar para

²⁹⁹ Conócete a ti mismo, inscripción del oráculo de Delfos.

Adrià Fernández, reseña de R. Vivero, *Grita*

esta misma revista *Literatura hecha pedazos*.³⁰⁰ Todo esto está sujeto a la claridad, “claro que quizá la propia comunicación impida la claridad”.

Adrià Fernández

³⁰⁰ ROBERTO VIVERO, *Ibid.*, Ediciones Oblicuas, Barcelona, 2016.